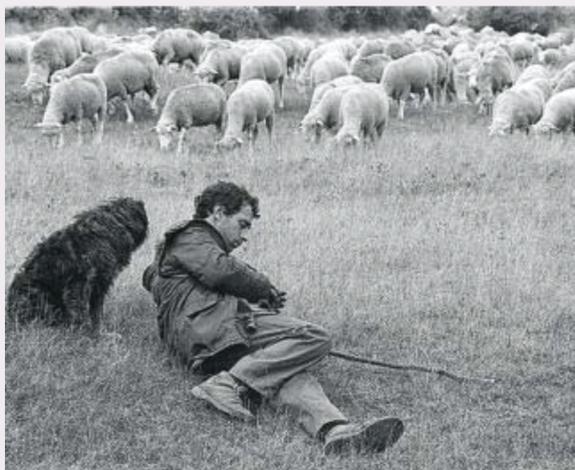


### El atrevimiento de mirar

Antonio Muñoz Molina  
Galaxia Gutenberg / Circulo de Lectores  
Barcelona, 2012  
201 páginas. 19,50 euros

**ENSAYO.** CONOCEDOR DEL OFICIO, pues no en balde cursó la licenciatura en Historia del Arte, pero habiéndose librado de las menesterosidades profesionales que conlleva, cualquier lector de Antonio Muñoz Molina (Úbeda, Jaén, 1956) enseguida constata su querencia por el tema. Una muestra de ello es el libro *El atrevimiento de mirar*, donde el autor ha recopilado monográficamente nueve ensayos sobre arte, que abarcan desde el pintor naturalista francés Georges de La Tour hasta el fotógrafo estadounidense actual Nicholas Nixon. Al abordar a los artistas citados o a otros, como Goya, Picasso, Hopper, Christian Schad, Juan Genovés o Miguel Macaya, Muñoz Molina reflexiona sobre ellos a partir de unas obras concretas, lo que ciñe el vuelo especulativo al perentorio rasero de unas imágenes inmediatas. En el momento actual, en el que se está hablando sobre arte con cualquier excusa estética, esta exigente confrontación visual con cuadros o fotografías específicos resulta saludable, porque la retórica académica puede ser trivial, pero la divagación huera es insostenible. ¿Qué hace entonces Muñoz Molina, al relacionarse con el arte, sin el escudo de la mera erudición o de la vana pedantería conceptuosa, como es hoy habitual? Pues, en efecto, como proclama el título de su libro, tomado de uno de sus ensayos sobre Goya, "atreverse a mirar". Lo que tiene de atrevido el mirar sobre el simple ver es la confianza en la fuerza reveladora de la atención, una atención simétrica a la que puso el artista el fijarse en lo que a los demás les pasaba desapercibido. También es cierto que hay muchas formas de atención, pero, sean cuales sean sus frutos, fondean todas ellas en valor testimonial del arte, que da una genuina "fe de vida". De manera que Muñoz Molina puede desgranarnos la historia de los músicos ciegos o de un san Jerónimo lector de De La Tour, aventurando en ambos temas su complementario trasfondo alegórico, o puede enfatizar cómo hurga y describe Goya nuestra íntima vecindad con lo monstruoso, que está al cabo de la calle, a la que salta; o, en fin, puede evocativamente recrear cuadros de Hopper paseando por Nueva York, sin dejar de describir ese instante absoluto de enajenamiento cuando alguien, solitario, suspende la mecánica de cualquier actividad doméstica, mágico intervalo adorado por el pintor americano... En cualquiera de estos casos, en medio de las más variadas digresiones, muy pocas veces tópicas, Muñoz Molina nos conduce a lo que una imagen artística tiene de *iluminación*, de esa frágil y temblorosa palpación donde se hace visible lo invisible, de esa tentativa en la antípoda de una clave, de esa interrogación por completo opuesta a una señal. En realidad, Muñoz Molina nos transmite la sensación constante de que escribe sobre arte para explicar la huella impresa por estos fugaces vislumbres de un conocimiento aún indescifrado y, quizás, nunca del todo descifrable. Precisamente, como buen novelista, cuando merodea por los agujeros y escondrijos del arte, Muñoz Molina consigue llevarnos a ese más allá que este encierra. Lo hace con la soltura de una buena prosa, enhebrada más en la sugerencia que en el consejo, como asombrándose admirativamente de lo que hay, y siempre con pasión, condición indispensable para quien se aproxime a cualquier manifestación artística. **Francisco Calvo Serraller**



La austeridad estilística en un espacio arduo es parte consustancial de la novela. Foto: Basilio Sainz

## La creación de un mundo

### Intemperie

Jesús Carrasco  
Seix Barral. Barcelona, 2013  
222 páginas. 16,50 euros

Por J. Ernesto Ayala-Dip

**NARRATIVA.** LA PRIMERA NOVELA del escritor extremeño Jesús Carrasco, *Intemperie*, tiene la forma y el fondo de los relatos perfectos. No hay fisura que uno detecte. No hay desencuentro entre la agresiva soledad de los escenarios y los personajes que habitan en ellos: como pensados para sobrevivir unos a costa de los otros. Jesús Carrasco (Badajoz, 1972) ha escrito una novela que te deja pensando, no solo porque en ella hay una peripecia de tintes trágicos y porque se ha puesto a unos seres humanos al límite de su supervivencia física y, sobre todo, moral, sino también porque uno se pregunta, ¿cómo lo ha hecho? Se habla de influencias de Miguel Delibes y de *La carretera*, de Cormac McCarthy. A veces en los novelistas suelen pesar más las influencias inconscientes que las reconocidas. Yo prefiero pensar en las primeras como las más probables, sin que por ello valgan menos las que arriesga la editorial y reconozca el propio autor. Pero antes hablémos de qué trata esta sorprendente novela.

Estamos en un tiempo atemporal y un espacio arduo, llano y como dejado de la mano de Dios. Un niño se escapa de la casa familiar y en esa huida se encuentra con un cabrero, un viejo pastor que la providencia po-

ne en el camino del niño para que lo conduzca hasta su salvación, no sin atravesar antes el infierno que los hombres llevamos muy dentro de nosotros. A los pocos días, el alguacil del pueblo inicia la búsqueda del huído. Así da comienzo una persecución atroz, sin lugar para el menor descuido si se quiere conservar la vida. La vida y la vital recuperación de la dignidad perdida. Jesús Carrasco no tiene ningún inconveniente en que relacionemos su relato con otros relatos (literarios o cinematográficos que puedan venir a nuestra mente, y que vendrán).

La austeridad estilística es parte consustancial de la novela. Aquí me vienen a la memoria títulos de Julián Rodríguez y algunos de los cuentos del último libro de Gonzalo Hidalgo Bayal, *Conversación*. La prosa desnuda, como la de Luis Mateo Díez. Y por fin, ese niño y ese viejo que tanto me remiten al viejo y el niño de *El viejo y el mar*, de Hemingway; por su mismo sentido solidario de afrontar sus destinos y esa tensa relación con la naturaleza y ese enfrentarse con la muerte, entre una especie de sensual mística de la vida. Incluso el alguacil parece sacado de entre los personajes más ominosos del escritor norteamericano. Y no quiero dejar de hablar de lo que alguien podría llamar su riqueza léxica. Tal riqueza no es nada más ni nada menos que la función del lenguaje cuando parece usado para inaugurar un territorio. Crear un mundo. Que es lo que es, entre muchas cosas muy buenas. *Intemperie*. •

### La frontera

Franco Vegliani  
Traducción de Miguel Izquierdo  
Minúscula. Barcelona, 2012  
234 páginas. 17 euros

**NARRATIVA.** HOMBRE FRONTERIZO, como lo es cualquier escritor interesante, Franco Vegliani (Trieste, 1915-Malcesine, 1982) se llamaba en realidad Sincovich. Vegliani fue su *nom de plume*, pues acabó siendo italiano en la posguerra, como Trieste, mientras Fiume, antiguo puerto del imperio austrohúngaro, de donde era su padre, se quedaba en el lado croata. Magris ha escrito que Vegliani "es un heredero de la plurinacional tradición narrativa austriaca que reconoce su patria en la misma frontera que une y separa". Sus obras son duras, melancólicas, ambiguas,



con la curiosa determinación de quien busca su identidad. Quizá sea *Proceso a Volosca* (1958) su novela más redonda y compleja, en la que brilla el jurista formado en Bolonia. Pero su obra más personal es *La frontera*, donde su dilema de perte-

nencia se convierte en un alegato poético. Y donde el paisaje marítimo de Dalmacia es narrado con una sensibilidad increíble. Estamos ante una novela épica, de guerra. El escritor abrazó el fascismo muy joven, estuvo en la campaña de África y pasó cuatro años prisionero. Quien nos habla, por tanto, es un novato oficial italiano que se encuentra de permiso en una isla dalmata. Allí sale a pescar con un antiguo aduanero austriaco, Simeone, el cual le cuenta la trágica peripecia de un sobrino suyo en la primera guerra. Emidio Orlich también está esperando entrar en combate y entonces se le cruza la duda, bajo la forma de un disidente esloveno, de cuál es su bando. Se extravía en la tierra de nadie, sin saber dónde está la frontera. Mientras la "férrea certeza" del imperio se desmorona, Simeone ve la amenaza de "un país pequeño y sucio", presa fácil del nacionalismo fronterizo. El dilema de caer en un fuego u otro define el destino especular de estos dos personajes marcados por la historia y la geografía en una obra de singular belleza y resonancia, gema escondida de la literatura italiana. **José Luis de Juan**



### Un mundo para Mathilda

Victor Lodato  
Traducción de Carme Camps  
Duomo. Barcelona, 2012  
310 páginas. 19,50 euros

**NARRATIVA.** MATHILDA, LA PROTAGONISTA de esta novela, es una preadolescente que tiene entronizada en su memoria la imagen de las Torres Gemelas decapitadas, algo que ocurrió siendo niña y que fortalece la semilla del miedo al terrorista. Reciente está la muerte de su hermana Helene. Fue arrollada por el tren víctima del empujón de un desconocido. Estos dos sucesos hacen crecer en Mathilda una crueldad infantil en su relación con los demás, sobre todo con los que más quiere. "Quiero ser mala", es una declaración de intenciones que puede convertir a la niña abatida en un pequeño monstruo. Y esa afirmación se corrobora con acciones contra su amiga Anna y contra su madre: una sombra que trajina por la casa con un vaso de alcohol en la mano. El planteamiento de Victor Lodato es dar voz a una protagonista que discute con el mundo, que combate el miedo, que se pregunta por esa muerte que ha desconcertado a la familia y que quiere saber quién y por qué lo hizo, con el ánimo de comprender la devastadora tristeza que les envuelve. A Mathilda se la escucha con atención en sus inquisitivas, demoleedoras e incluso hilarantes preguntas y razones, pero el buen comienzo, ese punto furioso, tiene en ocasiones una deriva que no acaba de cumplir las expectativas, por lo menos no todas, pues sucede que el interés de la novela decae y el proceso de lectura, ese camino regulado por la tensión narrativa de la historia que se va desarrollando, no siempre mantiene vibrante la peculiar voz de Mathilda. De todos modos, conviene salvar escollos y continuar hasta la resolución de la historia, escuchar a Mathilda y observar cómo esas chispas de maldad, ya infantiles, ya de refinada crueldad: volver loco al perro con sus pellizcos, enviar mensajes desde el correo de su hermana a su propia madre, vestirse con la ropa de Helene o poner cintas con su voz, no hacen sino avivar el fuego de sus pesquisas. Y todo, porque quienes leen quieren saber. **María José Obiol**

EL PAÍS BABELIA 02.02.13 9

Printed and distributed by NewsprintDirect  
www.newsprintdirect.com US/Can: 1 877 980 4340 Intern: 800 636 6364  
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW